

7 DIAS

Viene a mis manos un album de fotografías

editado por Mauri, sin fecha, e impreso por López Robert, de Barcelona. Estoy seguro de que les gustaría verlo a muchos de los jóvenes del San Feliu de hoy. ¡Cómo cambia una ciudad en cincuenta años, Dios mío! He aquí, para empezar, una panorámica de San Feliu desde la falda de San Elmo. La playa es, por este lado, muy ancha. No tanto por el del Salvamento. No hay muelle ni casas en la carretera de Palamós. Pero el casco de la población es harto compacto.

En esta otra vista parcial del paseo del Mar, tomada poco más o menos desde su cruce con la Rambla Vidal, identificamos únicamente «La Constancia» sin los característicos remates de hoy. Dos caballeros con sombrero, barba, corbata, chaleco y americana abotonados, pasean en bicicleta...

Dos fotos del tráfico del puerto. En primer término dos lobos de mar, a lo Baixeras, conversan. Estamos en el «recó de llevant». Al fondo, San Elmo, sin chalets ni carretera. De unos barquitos descargan o cargan pacas de corcho y troncos. Unos peones desocupados toman el sol sobre los grandes sacos.

«Plaza de la Constitución» y Casas Consistoriales. Aquí sólo podemos identificar la fuente y las dos torres del Ayuntamiento. Ni mercado ni árboles. Desde lo alto vemos los tenderetes del mercado al aire libre, una serie de ellos en forma de quiosco permanente, y a las payesas sentadas en sus eternos banquillos, con las cestas delante... ¿A cuánto iban en 1903 los tomates? Ahora llaman mi atención dos animadas fotos de la Rambla Vidal, desde sus dos extremos. Hombres y mujeres de una época feliz, de refajos y bigotazos, charlando animadamente en el San Feliu próspero. Guardapolvos, y los cestos de las mujeres que vienen de la plaza muy, pero que muy repletos...

En cambio la Iglesia es eterna. Nada ha cambiado. En la puerta de San Benet, llena de chiquillos con gorra. —no existe aun el sinsombrerismo— el Santo, desde su hornacina, bendice a Ganchoña.

Los árboles comienzan a florecer en el Portalet. Frente al chico edificio de «Les noies», unas tartanas. Y en el actual Casablanca el letrero «El Comercio». Mien-

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 21 SEPTIEMBRE DE 1950

Caleidoscopio del San Feliu antiguo

tras, tenía lugar en la playa, junto al paseo, la subasta del pescado. En esta foto, el elemento humano adquiere su máxima importancia. Pescadores, pescadoras y corcheros, unos cestos en el suelo y las «cabres» y «sards» moviéndose aún. Rostros redondos, algunos expectantes, con el cigarrillo a medio liar.

El Ferro-carril (sic) atraía a los curiosos. Había cuatro trenes ascendentes y otros tantos descendentes, diariamente. Junto a la estación una pareja de la Benemérita observa la llegada de los viajeros. Un niño con chichonera corretea. Hay señoras vestidas a lo Bertini y caballeros con sombrero blando. Lo único que está igual hoy día parece ser la máquina del tren.

¡Pero, qué estrecha la carretera de Gerona! Árboles interpuestos entre las aceras y la calzada. Carrros de corcho y una inefable tartana, y todo con un aire recoleto, como una calle interior más, pese a los extensos trozos por urbanizar. En tanto, el rincón llamado de «las seis esquinas», confluencia de las calles Verdaguer y Rutlla parece no haber perdido proporciones ni carácter. Tenderos frente a sus tiendas y mujeres con largos y ceñidos delantales, como las dibujan Méndez, Bringa y Opisso...

La Playa de San Pol carecía de eucaliptos. En primer término unos hombres sacan arena, —¡ya entonces!— El pie de la foto habla de las calas de San Pol, «muy a propósito para pasar un día de xefla».

El Paseo del Mar un domingo a la salida de misa. Caballeros con paraguas, obreros con las manos en los bolsillos. Grupos de damas arrancados del «Cucut

y del «Pèl i Ploma». El «Observatori Catalá» del Sr. Patxot, está encerrado en su cúpula-bombonera. En las casas debe de estar-se mejor, que la tramuntana empuja a soplar...

Seguramente por estimarlo mucha ideal, el editor puso, al terminar la exposición gráfica de la ciudad, dos vistas de los cementerios guixolenses...

Pero en realidad estamos sólo a mitad del álbum. La segunda parte es una regocijante selección publicitaria de los principales comercios e industrias de la ciudad. Hay parte gráfica, que es lo bueno. Las carnicerías lucen sobre los mostradores sus colecciones de bruñidos pesos. La funeraria puso a sus servidores en traje de gala, junto a un ataúd como mona de Pascua.

El dentista publica la sección vertical de una cabeza humana mostrando las inserciones dentarias. El inevitable estomacal aparece, los barberos tienen los rótulos en francés y alemán («on rase» «haarschneider»), anuncios de transportes en tartana, una estufa instantánea de la fabricación de aguardientes.. y un anuncio de «El Puerto», «periódico independiente, literario, de noticias, defensor de los intereses de la industria corcho-taponera...»

■ ■ ■

Cuando cierro el album me parece mentira que deba volver a la realidad de nuestra hora. Estoy seguro de que habrá de sorprenderme la aséptica facha de los edificios y el escaso indumento de las mujeres, no menos que el claxon, de los haigas, inexistentes todavía en este Caleidoscopio del San Feliu de principios de siglo.

J. V. A.

Ensayo de crítica

En el número del 17 de agosto último, apareció en este ya tan necesario periódico para los guixolenses, un artículo encabezado con el título de «Han nacido tres leones», que, francamente, opino que cuantos lo hayan leído se habrán sentido absolutamente contrarios al extremado sentimentalismo que en todo su contenido manifiesta su autor por toda la raza animal.

Su autor cree no equivocarse en sus conjeturas al manifestar que cuantas veces ha pasado frente a las jaulas de los animales prisioneros en los parques zoológicos, ha sentido un dolor que, incluso ha sido interpretado por los animales que a través de las rejas le miraban. ¡Este sí que es el colmo de los refinamientos manifestado por los animales! Esto solo puede tomarse en broma, como lo que paso a relatar.

Recuerdo que en una tertulia de café, un individuo nos quería convencer de que el elefante tiene la piel mucho más fina que la de los humanos, al extremo, decía él, de que su fineza les permite incluso sentir el crecer de las yerbas por debajo sus monstruosos piés y, como al parecer este individuo se lo creía en serio, para disuadirle, tuvimos que recurrir a la siguiente pregunta: ¿Ha sido V. alguna vez elefante?

Otro caso: en un restaurante, a un extranjero, creo que suizo, le sirvieron un suculento plato que se comió a dos carrillos, y al pagar la cuenta, preguntó al maître de qué estaba compuesto aquel plato que tan bueno encontró, y la contestación fué: «pues de gorriónes con cebollas». Hombre! si lo hubiera sabido no comía ninguno porque en mi país en lugar de comérnoslos les damos de comer. Pues aquí pasa al revés, si nosotros les respetáramos, ellos se nos comerían a nosotros, es decir, nos dejarían sin pan porque se comerían todo el trigo. Imperativos de la Naturaleza.

Un sabio, a su decir también muy sentimentalista, tampoco quería comer pescado hasta que un día observó en el fondo del mar que un pez grande se comía a otro de pequeño. Desde aquel día decidió comer pescado porque se dió cuenta de que aquello obedecía a una ley natural.

Según el autor del citado artículo, todos los animales en los parques padecen de profunda tristeza e incluso rehuyen su exhibición al público que los visita, cuando a mi entender, es todo lo contrario, pues saben que del público suelen pescar siempre algo y por esto se exhiben.

¿Qué pasaría en la vida si todos los humanos nos sintiéramos poseídos del sentimentalismo manifestado por el autor del artículo en cuestión? Adiós bistec, adiós jamón, adiós.....

Hotelero.